

ñó con un gusto y una delicadeza que provocaron un murmullo de aprobación en el auditorio.

Al concluir el acto segundo los artistas fueron llamados cuatro veces á la escena y al terminar el tercero fueron objeto de una ovación, principalmente por las señoras, presas á lo que parecía, de un frenesí que no sé si atribuir al efecto de la obra de Wagner ó á la excepcional interpretación. De todas maneras, bueno es hacer constar que aquí Wagner reina cual soberano y que... mal que pese á muchos, su reino se va extendiendo al mundo entero.

Esta noche asistiré á la primera ejecución en América del soberbio Oratorio de César Franck: *Les Béatitudes*, que se verificará en Carnegie Hall. Ya les escribiré á Vdes. algo sobre esa obra en mi próxima, que recibirán de París.

Por ahora concluyo estos breves renglones, y les envío—lo mismo que á mis buenos amigos de México—mis más cariñosos saludos.

Abril 15 de 1900.



CORRESPONDENCIAS MUSICALES

Paris, 15 de Abril de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs.

México.

DESPUES de un silencio ocasionado por retardos en mi llegada á esta capital y dificultades de orientación, naturales en quien por vez primera pisa tierra extraña, vuelvo á tomar la palabra interrumpida y á reanudar mis correspondencias para la GACETA MUSICAL. No es de mi incumbencia el hablar á sus lectores de impresiones que no tengan origen artístico, y, en tal virtud, debo pasar por alto las que experimenté al penetrar á esta in-

mensa Babilonia—que hoy lo parece más que nunca—y al comenzar á amoldarme á la vida de movimiento palpitante, agitada y bulliciosa, que vislumbraba por referencias, pero de la cual está muy distante todo el que no la haya palpado de manera material. Es de regla que el ensueño supere á la realidad: al conocer la vida de París hay que confesar que la realidad supera á las quimeras del ensueño. Y si esto digo de la vida material, debo afirmarlo, aún con escasísima experiencia, en lo que atañe al movimiento intelectual y artístico. Poco conozco aún; mis relaciones son escasas y tan nuevas que no me dan derecho á juzgar en este *ma-remagnum* de diversiones y atractivos de todos géneros; difícil es guiarse con acierto y dificultoso el tino para elegir; pero no puede negarse el alto nivel intelectual de un pueblo que sabe rodearse de atractivos, de encantos y de refinamientos, más ó menos artificiales, es lo cierto, más no por eso menos exquisitos.

Vagando al acaso por los hermosos *boulevares* durante los primeros días de mi arribo, tuve la buena suerte de encaminar mis pasos rumbo á la Plaza de la República y tropezar ahí con un teatro—el antiguo Chateau-d'Eau, hoy llamado también de la República—que es el centro en el cual se refugia la conocida asociación de los Conciertos Lamoureux. Quiso también mi buena suerte que el programa del Concierto anunciado para esa misma tarde fuese de mi completo

agrado, y de ahí que no vacilase un momento en recibir la primera impresión de Arte en aquel, que debe considerarse como augusto santuario. Pero si grandes eran los atractivos del programa, mucho mayor era el que me ofrecía el anuncio de que la dirección estaba confiada á un famoso artista, Félix Weingartner, director alemán que tiene una reputación bien ganada y es uno de los compositores contemporáneos más estimados en Europa.

Es el Teatro de la República un local pequeño—como la mayoría de los teatros europeos—pero perfectamente acondicionado. No puede decirse que esté consagrado á especialidad particular porque ha albergado compañías dramáticas, líricas y de conciertos; ahora mismo, varía sus espectáculos de tal suerte, que en *matinée* ofrece audiciones orquestales y durante la noche óperas de los repertorios antiguo y moderno («Si j'étais Roi,» «Lucía,» «La Bohemia,» de Leoncavallo, etc., etc.); su aspecto no es de gran lujo y aunque sus dimensiones son pequeñas, como queda indicado, puede contener cómodamente á unos 2,400 espectadores. Para las audiciones sinfónicas la orquesta queda instalada en la escena provista de una gradería bien graduada que da acceso á los instrumentos de aliento y á los contrabajos colocados en escala descendente.

La orquesta Lamoureux es completa y numerosísima; si mis cuentas son exactas solamente

el cuarteto de cuerda está integrado por unos setenta individuos que, sumados con el resto, hacen un total de más de cien profesores. No es la masa, sin embargo, la que impone, sino la disciplina que reina en el conjunto y la calidad de los ejecutantes. Creía haber escuchado una orquesta única y extraordinaria en el Metropolitano de Nueva York; pues bien, confieso sin sonrojo que me equivoqué y que la de Lamoureux supera, y con mucho, á la que acabo de mencionar. La exactitud, verdaderamente matemática, de aquel conjunto en el que no sabe uno qué admirar más, si la cohesión extraordinaria ó el sentimiento artístico que desborda en todo él; el rigor en la observancia de matices, la suavidad aterciopelada de los *ppp* que parecen expirar en un silencio insensible, y la energía de los *ff*, la unidad de fuerza en los *tutti*, y todo esto adunado á la pureza de timbre y afinación de las maderas y latones, hacen de orquesta semejante el ideal del compositor.

Pero no son los méritos de los ejecutantes los que debo ensalzar con preferencia; es el del genial director de orquesta Weingartner que maneja la batuta con arte é inspiración tales, que no los podría describir mi humilde pluma.

Weingartner está en la fuerza de la juventud y creo que en la plenitud de su talento como compositor, á juzgar por una encantadora obra suya, la *Sinfonía en Sol mayor* estrenada en

Francia en el Concierto á que vengo refiriéndome. Hay que observar su fisonomía durante la ejecución para concebir lo que ese hombre siente y cómo siente á cada autor. A mi juicio son dos sus favoritos, á quienes comprende y á quienes ama con mayor ardor: Wagner y Berlioz. El Preludio de *Lohengrin*, *La Venusberg* del *Tannhäuser* y la bella obertura del *Carnaval Romano* de Berlioz, fueron interpretadas con sentimiento tan intenso, con tal expresión juvenil y con tal amor y entusiasmo que dudo puedan sobrepujarse. Y no es de sorprender que la orquesta obedezca á su jefe con semejante precisión, porque todo habla y expresa en Weingartner, todo se adivina en su actitud, en la soltura con que maneja la mágica varita, en los rasgos de una fisonomía altamente simpática y atractiva, en las indicaciones de su mirada y en los oportunos movimientos de su mano izquierda de que, con sobriedad se sirve. Parece que el público francés sintió la fascinación ejercida por el artista á juzgar por la entusiasta ovación que le concedió; ahí se ratificó la justa afirmación de que el Arte no tiene patria: el público francés inclinándose ante el artista alemán. . . .

Apropósito de sentimientos patrios: una nota muy característica y oportuna.

Al terminar la ejecución del poema sinfónico de Liszt titulado *Hungaria*—á mi juicio uno de los más débiles del gran pianista—entre la tempestad

de aplausos con que el público premió á director y orquesta, escuchóse partiendo de las galerías una robusta voz que lanzaba *vivas* á los Boéros. . . . La oportunidad de tal arranque se comprenderá en vista de la idea poética que presidió á la composición del mencionado poema: «Un pueblo oprimido y vencido tiene el sentimiento de su derrota. Poco á poco se levanta, resurge, su sentimiento nacional se despierta, pero sin embargo, cae nuevamente en su primitiva impotencia. Al fin, bajo el imperio de un poderoso arranque se lanza á un dudoso combate que se termina victoriosamente.—Corto y melancólico pensamiento á los hermanos muertos combatiendo—Felicidad de la victoria.—Alegria delirante.»

Queda por demás el añadir que tras de aquel oportuno *viva* el entusiasmo del público llegó al frenesí, al colmo de la exaltación. . . .

Hablemos de otro asunto.

Ayer se verificó la inauguración oficial de la Exposición. . . . que aún no es Exposición, porque gran parte, la mayoría de los edificios, ó no están terminados ó no pueden aún exhibir los productos y obras de los distintos países. Sea lo que fuere, la ceremonia oficial verificóse, con la seriedad del caso, y bajo un programa en que, como es de presumirse, la música representó un importante papel. Una indisposición me impidió asistir á ella, pero transcribo el programa, anti-

cipando que, según buenas referencias, la parte musical fué soberbiamente desempeñada.

Hé aquí el programa:

1º La Marsellesa.

2º *Marcha solemne*. (Massenet). 1ª Audición.

3º *Himno á Víctor Hugo*. (Saint-Saëns).

4º *Marcha Heróica*. (Dubois). 1ª Audición.

Orquesta y coros bajo la dirección de Taffanel.

Concluyo mi larga correspondencia dando á los Editores de la GACETA MUSICAL una noticia que debe interesarles: acaba de llegar á ésta Don Agustín Wagner, el propietario de la casa Wagner & Levien; sé que está tan sano y juvenil como de costumbre y me propongo visitarlo en breve. En carta particular me referiré á la mencionada visita.

Otra pequeña nota: la semana entrante estoy citado por el ilustre Maestro Massenet que me ha concedido una entrevista. Espero que ella dará motivo para una correspondencia más atractiva é interesante que la presente.

Mayo 15 de 1900.

